Excmo. Card. Kurt Koch,
Prefecto del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos;
P. Federico Lombardi, S.I.,
Presidente de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI;
Excmo. Sr. Dr. Daniel Sada,
Rector Magnífico de la Universidad Francisco de Vitoria;
Profa. Dra. María Lacalle Noriega,
Directora del Instituto Razón Abierta;
Miembros del Jurado de los Premios Razón Abierta;
Profesores invitados,
Señoras y señores:

Recibo este premio con profunda gratitud, consciente del honor que representa y también de la responsabilidad que conlleva. Agradezco sinceramente a quienes han considerado mi trabajo digno de ser distinguido con este galardón, que lleva el nombre y el espíritu de una de las mentes más lúcidas del pensamiento contemporáneo: Joseph Ratzinger–Benedicto XVI.

Como autor, pocas cosas resultan tan gratificantes como saber que el esfuerzo intelectual ha sido acogido con comprensión y con estima. Pero más aún, para quienes intentamos pensar desde la razón abierta, este reconocimiento se convierte en una confirmación esperanzadora de que todavía es posible un diálogo fecundo entre las disciplinas particulares, la filosofía y la teología.

El libro por el cual se me ha concedido este premio —Thomistic Philosophy in the Face of Evolutionary Fact— nace precisamente de esa convicción: que la razón, cuando no se encierra en los límites del positivismo ni se reduce a lo meramente funcional, es capaz de tender puentes hacia la totalidad del saber, hacia el sentido último de las cosas.

El punto de partida de esta obra es un hecho ineludible: la teoría de la evolución ha transformado de manera profunda nuestra comprensión de la vida, del ser humano y de la naturaleza. No es posible, ni deseable, ignorar esta auténtica conquista. Pero tampoco es aceptable renunciar, frente a ella, a las preguntas fundamentales que siempre han acompañado al hombre: ¿qué es el hombre?, ¿qué significa ser persona?, ¿cuál es el origen y el destino del mundo?, ¿hay una inteligencia que funda y sostiene la realidad?

En este contexto, me he propuesto integrar en el seno del pensamiento tomista —en particular, en su metafísica y en su filosofía de la naturaleza— el hecho evolutivo que la biología ha puesto a nuestra disposición. No se trata de forzar una conciliación superficial, ni de vestir con ropajes nuevos una filosofía antigua, sino de dejar que se encuentren dos tradiciones de racionalidad que, si se escuchan mutuamente, pueden enriquecerse profundamente.

En Santo Tomás encontramos una noción de naturaleza abierta a la contingencia, un concepto de causa que admite distintos niveles de explicación, y una noción de persona que no se reduce a lo meramente biológico. Y en la ciencia evolutiva, cuando se la contempla con mirada filosófica, encontramos no solo una descripción de procesos, sino también indicios de orden, de direccionalidad, de apertura al misterio.

Esta es, me parece, la intuición que inspira el Premio Razón Abierta: que la razón humana no se agota en la constatación del acontecer empírico, aunque ciertamente pueda nutrirse de dicho acontecer. Que la razón humana no se satisface con los fragmentos, con las cifras o con los hechos aislados, sino que tiende —por naturaleza— hacia una comprensión integradora, hacia una sabiduría que no se opone al conocimiento científico, sino que lo sostiene, lo orienta y lo transciende.

Joseph Ratzinger nos enseñó que cuando la razón se cierra a lo trascendente, se empobrece; y que cuando la fe renuncia a la razón, se desfigura. En este delicado equilibrio se sitúa el desafío de nuestro tiempo: construir un pensamiento que sea, a la vez, riguroso y abierto; fiel a la verdad y atento a los signos de los tiempos.

Quiero agradecer a la **Fundación Vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI** y a la **Universidad Francisco de Vitoria** por haber creado y sostenido un espacio en el que este tipo de pensamiento pueda no solo ser valorado, sino también promovido y difundido. Agradezco también al **jurado del premio**, por su lectura atenta y generosa de mi obra. No puedo dejar de mencionar aquí con cariño y gratitud a mi mujer, Loreto, y a mis tres hijos, Bernardo, Sofía y Guadalupe, así como a los colegas, maestros y estudiantes de la Universidad de los Andes de Chile, que han sido compañeros de camino en este proceso de búsqueda intelectual.

Y agradezco, en última instancia, a quienes —a lo largo de la historia— han mantenido viva la llama de una razón que se abre a la fe, y de una fe que no teme a la razón. Porque ellos nos enseñan que toda verdad, venga de donde venga, participa de la única Verdad que da sentido a todas las cosas.

Con humildad y con esperanza, recibo este reconocimiento como un estímulo para seguir buscando, dialogando, y pensando desde una razón verdaderamente abierta.

Muchísimas gracias.